



©Catalina Montoya

Impresiones de una visita a Shanghái

Diego León Arango Gómez

Shanghái es la cabeza de un milenario dragón que recorre, denso y silente, por algunas regiones del centro oriental de la China. Su cuerpo es el río Huangpu y en sus aguas serpenteantes navegan las noches de los tiempos pasados y los acuciosos días del presente.

Shanghái es la ciudad más poblada de China, con más de veinte millones de habitantes, y una, de veinte, con población superior al millón de personas. Es el mayor centro industrial de China y disputa con Hong Kong la hegemonía financiera. Es una megalópolis sorprendentemente ultramoderna a los ojos de un latinoamericano que se ha maravillado con la modernidad de las ciudades de su continente, y que ha amado los secretos de su pasado.

Una noche, recorrimos el Bund, ese bulevar sinuoso y elevado en la ribera del río, que pone al visitante ante la imagen de dos mundos. De un lado, la sucesión de edificios heredados de la colonización británica (en variados estilos: neo-románico, neogótico, renacentista, barroco, *art nouveau* o *decò*), iluminados con amplios reflectores que aplanan, en el amarillo cálido de sus potentes luces, las imperfecciones de la historia y del uso, en un sordo esfuerzo por destacar entre los relieves, volúmenes y perfiles, la belleza de una época que se resiste a morir porque se musealiza, volviéndose un amplio escenario para el turismo, algo así como la escenografía para una película histórica. Es una imagen continua de luz que ofusca nuestros ojos y derrota la noche, para esconder entre las sombras de los edificios los accesos a interiores, a callejuelas y parques ciudadanos donde transcurre la vida ordinaria de los

habitantes, los vericuetos de sus vidas y esas calladas luchas por la subsistencia.

De otro lado, la irresistible magia de la nueva arquitectura con sus formas caprichosas, sus luces multicolores y las fastuosas coreografías de cambiantes reflejos sobre el lomo de agua del Huangpu, no cesa de atraparnos y de obligarnos a dar la espalda al pasado para remontar la otra orilla del río, mirar el presente y avistar el futuro que se vende en los gigantescos avisos comerciales del tamaño mismo de los rascacielos.

Ante nuestros ojos, un concierto de torres altas hiere el cielo de la noche, haciéndonos olvidar que hay estrellas. Una sensación de éxtasis visual nos arroba. ¿Cómo no sorprenderse frente a la Torre de la Perla Oriental (Oriental Pearl Tower), con sus 468 metros de alto, que se impone sobre el Shanghai World Financial Center, de 492 metros de alto, sólo porque queda un poco más distante, pero no oculto, de nuestra vista? Impresionan los rascacielos, sí; sobre todo los más altos del mundo que se yerguen como emblemas de la pujanza moderna de China, de la confianza en su desarrollo científico técnico, de la fe en el progreso.

Deambulando por el Bund, trata uno de fijar con atención la mirada para asegurar el

recuerdo del pasado y del presente de Shanghái, vacilante entre una y otra orilla del paisaje urbano. Ama uno la emoción del espectáculo presente, que la fotografía de recuerdo no puede regalar. Esquivamos tropezar con los transeúntes, pero nos encontramos en la mirada de los chinos corrientes que nos observan con la misma curiosidad y extrañeza. A veces lo disimulamos, pero una misma y mutua sensación nos acompaña todas las veces que descendemos del metro y nos adentramos al Bund por la peatonal y comercial calle de Nanjin.

Bulle la vida comercial en Nanjin. De día y de noche bulle. Bulle a la par de los coloridos avisos de neón, que nos recuerdan las postales con que alimentamos nuestro imaginario de China, mientras vendedores informales (¿ilegales?) tratan de “robarse” a los turistas con curiosas ofertas y catálogos de mano. “Maket”, “maket” nos insinuaba alguno, tomándonos del brazo y dirigiéndonos a unos grandes mercados (*markets*) subterráneos en el distrito de Pudong, a la entrada del metro del Museo de Ciencia y Tecnología.

“Amigo”, “amigo”, nos invita otro, cualquier día y en cualquier calle del centro, conduciéndonos por galerías subterráneas y largos pasadizos a locales secretos, en el trasfondo de almacenes situados en las calles

tributarias a la peatonal Nanjin. Era un misterio que producía un poco de temor y mucha curiosidad, pero empujados por la aventura más que por la compra, nos dejábamos arrastrar por entre simuladas estanterías, cortinas y enchapes falsos, que eran puertas a bodegas repletas de mercancías, ofrecidas a precios no oficiales.

Bulle el comercio formal que nada tiene que envidiarle al mercado internacional, porque allí disputan el mercado local las grandes firmas y marcas del capitalismo globalizado. Pero bulle también, en esta ciudad turística, el mercado informal y, como el Huangpu con su espesa y fluida acuidad, la vida, a pesar de las restricciones legales.

La piel del dragón Huangpu es el eje de la vida comercial e industrial de la ciudad. Barcos, barquitas y barcazas se agitan en todas las direcciones, de día y de noche, con insumos de construcción, materias primas o manufacturadas, pasajeros o turistas; dan vida, agite y colorido a este gigantesco puerto fluvial. Pero en el lecho oscuro de sus aguas se mueven caudales secretos que la fachada moderna no logra disimular: el hambre, y una pobreza que no se queja, rondan la vida de millones de ciudadanos mal pagados, desempleados, campesinos o ancianos, que apenas se mantienen en pie y luchan por sobrevivir. Son el precio que paga China por

la modernidad y el rostro de la desigualdad y la marginación. “¿Tienes algo de dinero para comer?”, me pregunta una joven profesional desempleada, bien vestida y con buena apariencia, hablando un inglés no perfecto pero entendible. “Estoy desempleada, y nos prohíben hablar con los turistas para solicitar su apoyo y comentar nuestra situación”.

Diego León Arango Gómez. Profesor titular y director del museo Universidad de Antioquia. Escribió este texto para *Agenda Cultural Alma Mater*.